

He esperado esta ocasión
Durante toda mi vida.
Quiero ofrecer mi visión
De una obra divertida.

Esta comedia genial
que veréis en un momento
es ejemplo de astracán,
disparate y esperpento.

Por el robo de un collar
que resultó ser un truco
Mendo se vio emparedar
dentro de un muro de estuco.

La perversa Magdalena
no tuvo piedad de él
y, a la compasión ajena,
pidió de modo cruel
que, endureciendo la pena,
dejasen al churumbel
con la su mano morena
bien al aire, con su piel,
en permanente condena.

Gracias a unos cistercianos
Concertados con Moncada,
Con una daga en las manos
Se escapó de madrugada.

El que le llevó a la ruina
Fue un desalmado barón
Del que Don Mendo abomina
Por traidor y por felón
y que es peor que la quina
que te anula la razón
y la voluntad fulmina
sin la menor compasión.

Le llevaron al tapete

Para jugar a las cartas.
Le pusieron en el brete
Que la libertad coarta.

Y allí perdió su fortuna
Jugando a las siete y media
Sin que persona ninguna
Evitase esa tragedia.

El barón, mano tras mano,
Le cavó la sepultura,
No fue el buen samaritano
De que hablan las escrituras.

Y Don Mendo hubo de huir
Como si fuese un ratero
que acaba de delinquir.
Perdido, sin paradero.

Pero su rostro divino
Y su encanto personal
Para el mundo femenino,
Le hizo un ídolo carnal.

Se morían por sus huesos
la casada y la doncella,
todas ansiaban sus besos,
caminaban tras su huella.

Más de treinta personajes
Entre las cuatro jornadas
De muy diversos pelajes
Desde Don Nuño a Moncada.

Incluyendo aquel barón que, de noche,
Cazaba con un fanal
La perdiz, el alimoche,
La codorniz o el zorzal,
pues no admitía reproche
y todo le daba igual.

Disfrazado de becerro
Que era el principal ardite
Se acercaba con cencerro
Del pájaro al escondite.

Y así, llegando al encame
Sin arcabuz ni ballesta,
Antes que el ave se escame
Ya la tenía en la cesta.

Hoy semejante artificio
Terminaría muy mal
En manos del santo oficio
De protección animal.

Y no quiero ni pensar
Esa escena de la gruta
Con tantas a degustar
Esa codiciada fruta.

Puesto que el allí el acosado
No era otro que el juglar
Del que, como ya he narrado,
Todas querían gozar.

Y sospecho para mí
Que, en trance tan singular,
Lo del sólo sí es sí
No se habría de aplicar.

Pero ya lo dejo aquí,
Que el fin del cuento se aplace,
Porque, en verdad, prometí,
No narrar el desenlace.

En breve se alza el telón
Como estaréis intuyendo;
Va a empezar esta función,
La Venganza de Don Mendo.

